

MIRAD A VUESTROS VERDUGOS

:: PRIMERA EDICIÓN: noviembre 2009.

:: CONTACTO CON LA EDITORIAL

Y EL AUTOR:

P.O. Box 18.101

28080, Madrid, España.

P.O. Box 593

38200, La Laguna, Tenerife

Canarias, España.

lafelguera@nodo50.org

www.lafelguera.net

ISBN: 978-84-937467-1-1

Depósito Legal:

:: Printed by Book Print Digital S.A.

El contenido de esta obra puede ser distribuido, copiado y comunicado libremente, siempre y cuando su uso no sea comercial. Para cualquier otro uso o finalidad, se requerirá expresa autorización de la editorial.

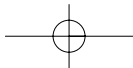
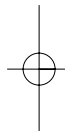
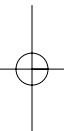
A los *grupos salvajes* y  
a los *solitarios corredores de fondo*.

A los *chicos airados*.

Todos ellos herederos de “la  
marcha, el fardo, el desierto, el  
hastío y la cólera”.







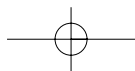
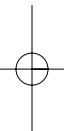
:: ÍNDICE

CAPÍTULO 1   REALITÉ	15
CAPÍTULO 2   VÓRTICE	21
CAPÍTULO 3   ASALTO	39
CAPÍTULO 4   EXPLOSIVOS	51
CAPÍTULO 5   REUNIÓN	67
CAPÍTULO 6   VIAJE	79
CAPÍTULO 7   HÉROES	85
CAPÍTULO 8   PERDIDO	95
CAPÍTULO 9   FÁBRICA	109
CAPÍTULO 10   INFORMADOR	121
CAPÍTULO 11   ARAÑAS	125

CAPÍTULO 12   INTERROGATORIO	141
CAPÍTULO 13   CARCAJADA	147
CAPÍTULO 14   EXPOSICIÓN	155
CAPÍTULO 15   ENCUENTRO	159
CAPÍTULO 16   TORMENTA	179
CAPÍTULO 17   VERDUGOS	187
CAPÍTULO 18   REVELACIÓN	203
:: CRÉDITOS E ILUSTRACIONES	213
:: AGRADECIMIENTOS	215

*Preguntaron al sabio: “¿Cómo escaparemos del ardor de las llamas?”.  
Él respondió: “Id directamente hacia el fuego”.*

Aforismo chino



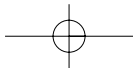
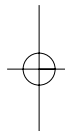
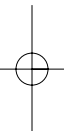


MIRAD A VUESTROS VERDUGOS

SERVANDO ROCHA

LA FELGUERA | EDICIONES





## CAPÍTULO 1 | REALITÉ. O CÓMO UN DÍA TRANQUILO PUEDE ESTROPEARSE...



LA ENORME FURGONETA color gris metalizado estaba aparcada justo a la entrada del imponente Albert Hall londinense. Su presencia indicaba que, sin duda alguna, algo extraordinario estaba aconteciendo en el interior del edificio. Las siglas BBC -inscritas en grandes y llamativas letras negras a ambos lados del vehículo- eran las responsables de ese “algo extraordinario”. Aquella furgoneta despertaba el mismo interés que provocaría la insólita visión de un Rolls Royce circulando por un destartado suburbio a plena luz del día. Era algo casi pornográfico.

Los curiosos se preguntaban entre sí cuál era el motivo de que la BBC estuviera, desde primeras horas del día, allí, justo en aquel lugar. Cerca de las nueve de la mañana habían llegado con su ejército de operarios mal pagados encargados de desenrollar metros y metros de gruesos cables negros, colocar señales de advertencia junto a los equipos móviles de electricidad y, por supuesto, desplegar un vistoso cartel de “Prohibido el paso a toda persona ajena a la empresa” en la puerta de entrada del vehículo. Tras contemplar el ajetreo y los frenéticos trabajos de aquellas mulas proletarizadas (cuyos nombres y apellidos jamás aparecerían en ninguna producción televisiva) y, sobre todo, después de ver erguirse la gran antena sobre el techo apuntando hacia el cielo, podía decirse que

estábamos ante un nuevo tótem, el nuevo Dios de una sociedad que vivía frente al televisor, al lado de la revista gratuita con la programación semanal y, casi siempre, de espaldas a la realidad. Efectivamente, aquel dispositivo señalaba al infinito y, por este simple motivo, evocaba la omnipresencia de la BBC. Aquello era poder en estado puro. Estaban allí para contar algo que iba a ser importante porque ellos, la gigantesca BBC, habían decidido que así fuera, y los vecinos, por fin, serían protagonistas de la Historia. Uno casi podía adelantarse a lo que, a la mañana siguiente, iba a ser comentado en los numerosos corrillos formados en el mercado o en las esquinas. Cada cual daría su interpretación del evento y de cómo y cuándo vio esa furgoneta. Incluso alguien afirmaría categóricamente que pudo ver con sus propios ojos lentamente descender de las escalerillas de la furgoneta las interminables y deslumbrantes piernas de Dorothy Riley, la famosa presentadora de la compañía. A nadie le sorprendería que también, al mirar hacia arriba, aquellas piernas dieran paso a un rostro que le hubiera brindado una cálida sonrisa mientras pasaba a su lado, con un calculado desdén, irradiando un olor tan intenso como ella misma. Dorothy y la BBC eran cosas profundas y bellas, y los rostros de malsana envidia de los vecinos así lo reflejarían.

Como en toda superproducción, el “decorado” contribuía a esta catarsis colectiva. Hacía exactamente nueve días que no paraba de llover, provocando que las aceras se convirtieran en improvisadas pistas de carreras para centenares de seres humanos que torpemente se sorteaban entre sí, esquivándose con sus grandes paraguas negros. La lluvia había caído de forma imponente, con tal fuerza que había inundado algunos locales situados a pie de calle. Pero, curiosamente, aquella mañana había hecho su aparición un sol cegador para alegría de mayores y niños, sobre todo de éstos últimos, que habían salido a corretear ruidosamente entre

las calles. Podemos decir que aquella era una mañana perfecta en un día que parecía también perfecto. Y con el sol, llegó la BBC. Ambos eran, no cabía duda, mucho más que dos buenas noticias, eran *la noticia*.

Detengámonos por un momento en esta descripción un tanto plácida y hasta empalagosa, y echemos un vistazo a algo que también estaba sucediendo en ese mismo lugar. El sol, los niños, la BBC, la delgada silueta de Dorothy, pero, ¿vemos algo más?, ¿acaso existe algo que comienza ya a perturbar esta excesiva y poco excitante estampa de exquisita cartografía urbana en plena ciudad de Londres?, ¿qué otros signos muestra este marco tan bello que en tan sólo siete minutos y medio volará por los aires? Fijémonos, por ejemplo, en la inscripción que misteriosamente ha aparecido pintada de forma apresurada sobre uno de los laterales de la furgoneta. Son letras de un tamaño considerable, letras que ya una de estas disciplinadas mulas está intentando hacer desaparecer con ayuda de un cepillo. La inscripción es tan escueta como clara y reza un "Pigs" (cerdos) seguida de una gran exclamación.

El vigilante de seguridad contratado por la compañía se había distraído por un momento al ir a tomarse un café a escasos metros de su puesto de vigilancia y, al volver, apareció aquella fea e insultante palabra. Podía haber sido una extensa frase acerca del amor o, incluso, una de las tantas pintadas en contra de la guerra que por entonces atestaban las paredes y los muros del centro. No, *aquello* era, sencillamente, un asco. Sí, de acuerdo, era un insulto vulgar, pero había logrado que el sorprendido vigilante se sintiera como si tal palabra la hubieran arrojado contra su persona y no contra la compañía para la cual trabajaba desde hacía muy poco. De pronto, esas cuatro letras pesaban, cada una de ellas, diez toneladas y habían sido lanzadas, una a una, contra su propia cabeza. Aquello le desmoralizaba por su clara falta de diligencia, indignaba a los

contentos vecinos e, incluso, podía alentar a que otros vándalos cometieran actos parecidos, o incluso peores. Por esta razón, al vigilante se le revolvió bruscamente el estómago al regresar de la cafetería y comprobar su error. Allí, de pie, junto a aquella gigantesca palabra, su impoluto uniforme azul oscuro parecía ahora arrugarse. Hasta él mismo se sentía viejo y cansado. Como todo pecado, había que hacerlo desaparecer, borrarlo rápidamente, que dejara de existir y así empezar a olvidar que hubiera existido alguna vez algo semejante y que, además, él hubiera estado allí, codo con codo con la inmundicia y la desviación, con la infamia.

Prestemos atención y tratemos de analizar cómo empieza ya a cambiar este pobre escenario. Estamos viviendo la misma experiencia que aquel día en que estrenamos un caro y hermoso traje hecho a medida y, mientras paseábamos mostrándonos radiantes ante los demás, en mitad de la calle tuvimos el fatal descuido de pisar un gran charco de agua mojándonos el pie derecho hasta el tobillo. Y ello puesto que el daño (aparentemente intrascendente), como se suele decir, ha sido ya irreparable. No obstante, y para lo que a nosotros ahora nos interesa, la aventura está ya empezando porque hay algo que aún no se ha dicho y que es tan importante como la BBC. Al menos, la gravedad de ese *algo* es comparable con la magnitud del evento que se está retransmitiendo internacionalmente. ¿He dicho siete minutos y medio? En efecto, cuatrocientos cincuenta segundos o, si se quiere, el tiempo exacto en que la potente bomba adosada a los bajos del vehículo hará explosión.

La entrada en escena no podía haber sido mejor: primero el sol, luego la eficiente BBC, posteriormente los cerdos y, de pronto, cables, circuitos, un reloj como temporizador y un paquete de goma dos.

Cada uno de estos elementos, por separado, tan inofensivos, pero cuya conexión es mortífera. Un trabajo en equipo o, más exacta-

mente, la terrorífica tecnología contra el porno de la BBC. Aquella precisión interrumpiría la vida del barrio. Los balcones se llenarían, los transeúntes se lanzarían con violencia al suelo producto de un acto reflejo y, al levantarse aturdidos, comprobarían que sus vestidos se habían manchado a causa de sus improvisados contactos contra el asfalto. Es más: habrían entrado en contacto con la *realité*.

Siete minutos y medio que interrumpirán la emisión del famoso concurso de Miss Mundo que se desarrolla en el interior del teatro. Siete minutos y medio y la cruda *realité* del exterior penetrará en el interior del edificio, colándose sin permiso alguno hasta por los rincones más íntimos de cada una de las guapas concursantes. En tan sólo siete minutos y medio, dentro y fuera dejarán de tener sentido. Todos serán partícipes de cómo un día se hace añicos por culpa del sol, la BBC, los cerdos y un montón de cables, circuitos, un reloj unido a un temporizador y un paquete de goma dos. La postal, finalmente, se ensombrecerá interrumpida por la violencia de la detonación que, igual que una pieza musical, hará de anticipo a la llegada de las caóticas sirenas de la pasma y del cuerpo de bomberos. Y nosotros, apesadumbrados, con nuestras ropas ya sucias de regreso a nuestras casas. Y allí, junto a la temida soledad, encenderemos el televisor iluminando la totalidad de la habitación, sintonizando el canal de la BBC para preguntarle a nuestro tótem case-ro qué delante ha ocurrido.

Fuera, en la calle, el sol ha desaparecido y una fina lluvia empa-pa no sólo el asfalto, sino hasta nuestro optimismo.